

CLÁSICOS
A MEDIDA



Los miserables

Victor Hugo

ANAYA

CLÁSICOS
A MEDIDA

Los miserables

Victor Hugo

Adaptación de Miquel Pujadó

Ilustraciones de David Sierra

ANAYA

Para la explotación en el aula de esta adaptación de *Los miserables*, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

© De la adaptación, introducción, apéndice y notas: Miquel Pujadó, 2020

© De la ilustración: David Sierra, 2020

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2020
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

Primera edición, febrero 2020

ISBN: 978-84-698-6640-5

Depósito legal: M-151-2020

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Introducción	5
--------------------	---

PRIMERA PARTE: FANTINE

Capítulo 1. Jean Valjean y el obispo de Digne	19
Capítulo 2. Fantine deja a Cosette con los Thénardier	31
Capítulo 3. El misterioso señor Madeleine	37
Capítulo 4. Jean Valjean confiesa su identidad	49

SEGUNDA PARTE: COSETTE

Capítulo 1. Waterloo	59
Capítulo 2. Valjean encuentra a Cosette	63

TERCERA PARTE: MARIUS

Capítulo 1. El pequeño Gavroche	89
Capítulo 2. La historia de Marius	91
Capítulo 3. Los amigos del ABC	97
Capítulo 4. Marius vuelve a encontrar al señor Leblanc	107

CUARTA PARTE: EL IDILIO DE LA CALLE DE PLUMET
Y LA EPOPEYA DE LA CALLE DE SAINT-DENIS

Capítulo 1. Enjolras y sus amigos	129
Capítulo 2. La calle de Plumet	133
Capítulo 3. La barricada	143

QUINTA PARTE: JEAN VALJEAN

Capítulo 1. El ataque	157
Capítulo 2. La odisea de las cloacas	161
Capítulo 3. El fin de Javert	171
Capítulo 4. El nieto y el abuelo	173

Apéndice	183
--------------------	-----

Los miserables



Personajes principales

JEAN VALJEAN: antiguo condenado a trabajos forzados que intenta rehacer su vida.

FANTINE: muchacha que queda embarazada y que se ve obligada a prostituirse para poder mantener a su hija Cosette.

JAVERT: inspector de policía que persigue implacablemente a Jean Valjean.

COSETTE: hija de Fantine, que será criada y protegida por Jean Valjean.

MARIUS: joven pobre, pero de origen noble, enamorado de Cosette.

LOS THÉNARDIER: matrimonio formado por dos seres avariciosos y malvados.

ÉPONINE: hija mayor de los Thénardier, enamorada en secreto de Marius.

GAVROCHE: hijo pequeño de los Thénardier, criado en la calle, alegre y avisado.

ENJOLRAS: estudiante de ideas revolucionarias.

EL SEÑOR GILLENORMAND: abuelo de Marius, de convicciones políticas contrarias a las de su nieto.

BIENVENU MYRIEL, OBISPO DE DIGNE: religioso humilde y de gran bondad.

PRIMERA PARTE

Fantine

Jean Valjean y el obispo de Digne



Uno de los primeros días de octubre de 1815, poco antes de la puesta de sol, entró en el pequeño pueblo de Digne un desconocido que viajaba a pie. Era un hombre de aspecto miserable, de talla mediana y bastante robusto. Debía tener entre cuarenta y siete y cuarenta y ocho años. La visera de una gorra de cuero le escondía parcialmente el rostro, quemado por el sol. La ropa que usaba era vieja y se veía muy zurcida y polvorienta, llevaba un saco de soldado al hombro y empuñaba un bastón de caminante. Se dirigió al ayuntamiento y salió de él un cuarto de hora más tarde. A continuación, fue hacia el hostal. El dueño salió a recibirlo.

—¿Qué deseáis?

—Comer y dormir.

—No hay problema, siempre que paguéis por mis servicios —añadió, después de mirar de arriba abajo con desconfianza al recién llegado.

—Tengo dinero —respondió el desconocido, sacando del bolsillo una bolsa de cuero.

—En ese caso, estoy a vuestra disposición. Ahora os traeré la cena.

El viajero dejó el saco en el suelo y fue a sentarse en un banco, cerca del fuego. El amo del hostel, mientras iba y venía, lo miraba con desconfianza creciente. Por fin, cogió un lápiz, escribió un par de líneas en el margen de la hoja de un periódico y se lo dio a un jovencito que trabajaba para él, diciéndole algo al oído. Inmediatamente, el chico echó a correr en dirección al ayuntamiento. Pronto volvió y entregó la hoja al hostelero, que la desplegó como quien espera una respuesta. Después, se acercó al viajero y le dijo:

—Señor, no os podéis quedar.

—¿Cómo? ¿No os fiáis de mí? ¿Acaso deseáis que os pague por adelantado?

—No es eso. Es que no me quedan habitaciones libres.

—Puedo dormir en el granero, sobre la paja. Hablaremos de ello después de cenar.

—No os puedo dar de cenar.

—¡Pero si me muero de hambre! ¡He caminado desde el amanecer!

—Marchaos, por favor.

—¡Me niego! ¡Tengo dinero y quiero comer!

Entonces, el hostelero lo miró fijamente y le dijo en voz baja, mostrándole el papel que acababa de recibir:

—¿Queréis que os diga cómo os llamáis? Vuestro nombre es Jean Valjean. He pedido información sobre vos al ayuntamiento y me han contestado esto. ¿Sabéis leer?

El hombre guardó silencio. Después, recogió el saco y salió del hostel, triste y humillado. Si hubiera mirado hacia atrás, ha-

bría visto que el hostelero, a la puerta de su establecimiento, hablaba con algunos viandantes mientras lo señalaba con el dedo. Pronto su llegada sería conocida y comentada en todo el pueblo.

El hombre intentó ser alojado en un establecimiento más humilde que el hostel, y al principio fue bien acogido, pero pronto llegó allí uno de los viandantes que habían hablado con el hostelero. Al ver al forastero, fue a buscar al propietario del local, que sin tardanza le pidió al huésped que se fuera.

—Ah, ¿lo sabéis? —respondió el hombre con voz cansada.

—Sí.

—Me han echado del otro hostel.

—Y yo os echo de este.

—¿Y dónde queréis que vaya?

—No es asunto mío.

Al salir a la calle, algunos niños que lo habían seguido desde el primer hostel le tiraron piedras. Él los amenazó con el bastón y salieron corriendo. Al pasar por delante de la prisión, llamó y pronto se abrió un portillo.

—¿Qué queréis? —dijo el vigilante.

—¿Me podríais dejar dormir aquí por esta noche?

—Una prisión no es un albergue. Haced que os detengan y podréis entrar.

El pobre hombre retomó el camino y pasó ante una casa que tenía la ventana iluminada. Se acercó y vio una habitación con una cuna en una esquina y una mesa bien surtida en medio del aposento. Ante la mesa se encontraba sentado un hombre de aspecto jovial que hacía saltar a un niño pequeño sobre sus rodillas. A su lado, una mujer joven daba de mamar a otra criatura. El hombre, al ver esto, pensó que tal vez donde había tanta felicidad hallaría también algo de piedad. Llamó a la puerta. El hombre que jugaba con el niño le abrió.

—¿Qué deseáis?

—¿Podrías darme, pagando, un plato de sopa y un rincón para dormir? He caminado toda la jornada y he recorrido más de doce leguas¹ desde Puy-Moissons.

—¿Y por qué no vais al hostal?

—No queda sitio.

—Imposible. Hoy no es día de feria ni de mercado... ¿No seréis acaso... aquel hombre? —gritó de repente, y corrió a descolgar una escopeta de la pared más cercana. La mujer, al oír esto, se refugió precipitadamente detrás de su marido, mirando al recién llegado como si fuese una víbora.

—¿Podrías darme al menos un vaso de agua?

—¡Un escopetazo te daré! ¡Vete de aquí!

Dicho esto, el hombre cerró la puerta con violencia. El viajero salió del pueblo cuando ya había caído la noche, pensando que tal vez encontraría una cabaña, o que al menos podría dormir bajo un árbol. Pero se encontraba en un yermo, e incluso la naturaleza parecía serle hostil, porque se estaban formando unos negros nubarrones que presagiaban lluvia. Volvió, pues, al pueblo. Las puertas de Digne, que era una villa amurallada, ya estaban cerradas, pero encontró en la muralla una brecha por donde entrar. No sabiendo a dónde ir, y muerto de fatiga, se tumbó en un banco de piedra que se hallaba en un ángulo de la plaza de la catedral. Una anciana que salía de la iglesia en aquel momento lo vio y le preguntó:

—¿Qué hacéis aquí, amigo mío?

—¿No lo veis? —respondió el hombre con ira contenida—. ¡Me dispongo a dormir! Durante muchos años he tenido un colchón de madera. Ahora lo tengo de piedra.

¹ Una legua francesa equivalía a unos cuatro kilómetros.

—¿Y por qué no vais al hostel? No podéis pasar aquí la noche.

—He llamado a todas las puertas y de todas partes me han echado.

La buena mujer señaló entonces con el dedo una casita de aspecto humilde que se hallaba en la otra punta de la plaza,

—Decís que habéis llamado a todas las puertas. ¿A aquella también?

—No.

—Pues id y llamad.

Aquella era la casa donde vivía Bienvenu Myriel, obispo de Digne, un hombre de unos setenta y cinco años, humilde y afa-ble, uno de los raros eclesiásticos que rehuían las pompas y la riqueza de la curia². Vivía con austeridad y solamente pensaba en la manera de aligerar la miseria y las tribulaciones del prójimo. Al ver que el hospital de Digne era demasiado pequeño, había cedido el palacio episcopal a los enfermos, y ahora vivía con su hermana, la señora Baptistine, y una criada llamada Magloire en el edificio del antiguo hospital, que constaba de una planta baja y un único piso.

Aquella noche, la señora Magloire, que había salido para hacer algunas compras, había oído decir que rondaba por el pueblo un individuo sospechoso, y aconsejó a la señora Baptistine cerrar las puertas y ventanas con llave y cerrojo. Pero el obispo siempre dejaba las puertas abiertas, y aquella noche no iba a ser una excepción, declaró, después de escuchar la conversación de las dos mujeres. Por eso, al oír que llamaban, simplemente dijo:

² La curia es el conjunto de los organismos para los asuntos eclesiásticos. Aquí se refiere al colectivo de religiosos (curas, obispos, etc.).

—¡Adelante!

Y entró el hombre que ya conocemos. Con el saco a cuestas, empuñando el bastón, y con una expresión tan cansada como violenta en la mirada. Las mujeres se asustaron, pero el obispo miraba con serenidad al recién llegado. Antes de que nadie pudiera decir una palabra, el desconocido habló:

—Me llamo Jean Valjean. He pasado diecinueve años en prisión, condenado a trabajos forzados. Quedé libre hace cuatro días y me dirijo a Pontarlier. Hace cuatro días que camino desde Toulon y hoy he recorrido doce leguas a pie. Me han echado del hostel y de todas partes. He salido al campo, pero he pensado que pronto comenzaría a llover y que ningún buen Dios impediría que la lluvia cayese sobre mí. He vuelto al pueblo y cuando me disponía a dormir sobre un banco, una mujer me ha dicho que llamase a esta puerta. ¿Esto es un albergue? Tengo dinero: ciento nueve francos y quince sueldos que he ganado trabajando en la cárcel. Os pagaré. Estoy cansado y tengo hambre. ¿Puedo quedarme?

—Señora Magloire —dijo simplemente el obispo—, poned otro cubierto en la mesa.

—¿Acaso no me habéis oído? —dijo Valjean, incrédulo, mientras se sacaba del bolsillo una gran hoja de papel—. Soy un forzado. Aquí tenéis mi pasaporte amarillo. ¿Sabéis leer? Yo aprendí a leer en prisión. Aquí lo dice todo: «Jean Valjean, forzado puesto en libertad. Cinco años de cautividad por robo. Catorce años por haber intentado fugarse cuatro veces. Es un hombre peligroso». ¿Queréis acogerme, vos?

—Señora Magloire —dijo el obispo—, poned sábanas limpias en la cama de arriba.

La mujer suspiró (conocía muy bien al obispo) y fue a cumplir la orden. El obispo se dirigió entonces a Valjean:

—Señor, sentaos cerca del fuego. Enseguida cenaremos, y cuando acabemos ya tendréis la cama preparada.

De repente el hombre pareció comprender por fin lo que pasaba, y su expresión sombría dejó paso a la estupefacción y a la alegría:

—¿Entonces no me echáis? ¿Me llamáis «señor»? ¿Podré cenar? ¿Y dormir en una cama? ¿Hace diecinueve años que no duermo en una cama! ¿Tengo dinero, os pagaré!

—Soy un hombre de Iglesia y no necesito vuestro dinero.

—¿Ah, es verdad! Sois un cura. No me había fijado en la sotana.

Jean Valjean cenó como nunca había cenado en toda su vida, y cada vez que el obispo le llamaba «señor» su rostro se iluminaba. Llamar «señor» a un forzado es como dar un vaso de agua a un naufrago. El obispo comentó que la lámpara que había sobre la mesa daba poca luz, y la señora Magloire fue al dormitorio del obispo a buscar dos candelabros de plata, que eran los únicos objetos de valor que había en la casa, junto con la cubertería, también de plata, y los colocó encendidos sobre la mesa. Valjean creía estar soñando.

—Sois un buen hombre. No me despreciáis y me acogéis en vuestra casa aunque sabéis quién soy.

—Esta no es mi casa, es la casa de Jesucristo. Aquella puerta no pregunta a quien entra si tiene un nombre sino si sufre por algún motivo. Todo lo que hay aquí es vuestro. Y no necesitaba saber vuestro nombre. De hecho, ya lo sabía antes de que hablarais.

—¿Sabíais cómo me llamo?

—Sí, vuestro nombre es «hermano».

Después de cenar, el obispo acompañó a Jean Valjean a su habitación. El pobre estaba tan cansado que se dejó caer sobre la cama sin quitarse la ropa y quedó dormido al instante.

Pero ¿quién era el tal Jean Valjean?

Provenía de una familia de campesinos de la Brie³. Sus padres habían muerto cuando era muy joven, y no tenía más familia que una hermana mayor, viuda y con siete hijos. Mientras vivió su marido, cuidó de Jean como si fuera un hijo más. Pero murió cuando el mayor tenía ocho años y Jean Valjean acababa de cumplir los veinticinco. A partir de entonces él fue quien ejerció de padre de familia, y trabajó duramente, haciendo las faenas más variadas, sin tener tiempo de divertirse ni de enamorarse, durante sus años de juventud. Era muy fuerte (podía levantar pesos que no habrían podido cargar cuatro hombres juntos) y nunca profería una queja. Pero llegó un invierno especialmente duro. Los niños pasaban hambre y Jean no encontraba trabajo. Un día de 1795, Valjean rompió de un puñetazo la ventana de un panadero y robó una barra de pan. Fue perseguido, llevado a juicio y condenado por «robo con efracción»⁴ a cinco años de trabajos forzados. Al llegar a la prisión de Toulon, le quitaron hasta el nombre: se convirtió en el número 24601, y nunca supo qué fue de su hermana y de sus hijos. Varias veces intentó evadirse pero siempre acabaron por cogerle, y su castigo fue prolongado una y otra vez. El mes de octubre de 1815 fue liberado. Había entrado en la cárcel el año 1796 por haber roto un cristal y robado una barra de pan, desesperado y sollozando. Salió de ella impasible y sombrío, odiando la sociedad que lo había condenado. Durante diecinueve años no había vertido una sola lágrima.

³ La Brie es una región relativamente cercana a París, situada entre los valles del Marne y del Sena.

⁴ *Efracción*: fractura de puerta o de ventana realizada con la intención de entrar en un lugar habitado para cometer un delito.

Tal vez por eso aquella noche, en la casa del obispo de Digne, pasó lo que pasó. Jean Valjean se despertó a las dos de la madrugada. Estaba acostumbrado a dormir poco, y además estaba obsesionado por la cubertería de plata que había visto durante la cena. Poco después, desaparecía en la oscuridad de la noche, tras saltar el muro del jardín, con la cubertería en el saco.

A la mañana siguiente, mientras el obispo paseaba por el jardín, la señora Magloire corrió hacia él, muy azorada.

—Monseñor⁵, ¿no sabréis dónde está la cesta con la cubertería de plata?

—Sí.

—¡Loado sea Dios! No sabía qué se había hecho de ella.

El obispo la acababa de encontrar entre unos matorrales y la ofreció a la señora Magloire.

—Aquí la tenéis.

—¡Pero si está vacía! Y la cubertería, ¿dónde está?

—Ah, ¿es eso lo que os preocupaba? Pues no tengo ni idea.

—El hombre de ayer... ¡Es él quien la ha robado! Ya me temía algo así cuando he visto que se ha ido sin decir nada a nadie.

—Señora Magloire, ¿acaso era nuestra, la cubertería? Pertenecía a los pobres, y aquel hombre era, evidentemente, pobre.

—Pero ahora ¿con qué cubiertos comeréis?

—Oh, los tenemos de estaño.

—Huelen mal.

—Pues de madera.

Mientras el obispo y su hermana desayunaban, llamaron a la puerta. Eran tres hombres que llevaban consigo a otro, con

⁵ *Monseñor*: título que se da a determinados eclesiásticos.

las manos atadas. El otro era Jean Valjean. Uno de los gendarmes⁶ realizó el saludo militar y dijo:

—Monseñor...

Jean Valjean pareció sorprendido:

—¿Monseñor? ¿No es un cura?

—¡Silencio! Es el obispo de Digne.

Mientras tanto, monseñor Bienvenu se había levantado de la silla, se había aproximado a Valjean, y le dijo, mostrándole los candelabros de plata que había sobre la mesa:

—¡Ah, sois vos! Me alegra volver a veros. Os había regalado también estos candelabros de plata, que habríais podido vender por unos doscientos francos. ¿Por qué no os los llevasteis junto con la cubertería?

Jean Valjean quedó boquiabierto. El gendarme que parecía estar al mando volvió a hablar:

—Monseñor, ¿entonces este hombre decía la verdad? Parecía un fugitivo. Lo hemos registrado y llevaba esta cubertería encima.

—¿Y os ha dicho —le interrumpió, sonriente, el obispo— que se la había regalado un religioso en cuya casa había pasado la noche? Es la pura verdad.

Los gendarmes desataron a Valjean y se fueron. Las dos mujeres, que conocían muy bien al obispo, observaban la escena sin pronunciar una palabra, sin un solo gesto. El obispo cogió los candelabros y los ofreció a Valjean, que temblaba como una hoja y que los tomó maquinalmente.

—Y ahora, podéis ir en paz. Y cuando volváis, no hace falta que saltéis el muro. La puerta de esta casa está abierta de día y de noche.

⁶ *Gendarme*: agente de policía de Francia.



Después se acercó aún más a él y le dijo al oído:

—Jean Valjean, hermano mío, ya no pertenecéis al Mal sino al Bien. Con esta plata compro vuestra alma y la entrego a Dios. A partir de ahora, seréis un hombre honrado.

Jean Valjean se fue con mil pensamientos agolpándosele en la cabeza, con mil sensaciones contradictorias. Caminó y caminó hasta que se hizo de noche. Entonces se dejó caer sobre una gran piedra y gritó:

—¡Soy un miserable!

Y se puso a llorar por primera vez en diecinueve años. Y, mientras lloraba, una extraña luz iba deshaciendo las tinieblas que poblaban su alma. ¿Cuántas horas estuvo llorando? Nadie puede saberlo. Lo cierto es que a partir de aquel momento Jean Valjean decidió ser un hombre distinto.



Jean Valjean ha cumplido una injusta condena de casi veinte años por robar comida para su familia. Una vez fuera de la prisión, la sociedad pretende apartarle de nuevo, por lo que deberá volver a delinquir. Gracias al encuentro con el obispo Myriel, cambiará de actitud y se redimirá, aunque antes deberá adoptar una nueva identidad. Intentando hacer el bien entre sus congéneres conocerá a Fantine, una mujer al borde de la muerte que le encargará el cuidado de su hija Cosette. Vivirá en una huida constante, pues es perseguido por el policía Javert, buscando lo mejor para una niña inocente e intentando ayudar a todos aquellos que viven sin justicia ni esperanza.

